

## ***Los lunes en Sol: jóvenes, ciberpolítica y acción colectiva en la España del 15M***

**Jorge Resina de la Fuente<sup>25</sup>**

### **Resumen**

Este artículo pretende analizar la relación establecida entre los jóvenes, Internet y la política. Para ello, se parte del estudio del movimiento 15M, que tomó las principales plazas de España durante varias semanas de mayo y junio de 2011, y que supone un interesante ejemplo del alcance y de las limitaciones de la ciberpolítica. El estudio plantea como hipótesis que la cultura política sigue siendo la variable independiente de este tipo de acciones, ahora mediadas por el manejo de la Red.

### **Palabras clave**

Ciberpolítica, juventud, participación, democracia.

### **Abstract**

This article analyzes the relationship between the young, Internet and politics. We take as study case the 15M movement, which took the main squares in Spain for several weeks in May and June 2011, and represents an interesting example of the extent and limitations of cyberpolitics. In this study, we hypothesized that the political culture remains the independent variable of this type of action, now mediated by the network management.

### **Key words**

Cyber politics, youth, participation, democracy

---

<sup>25</sup> Doctor en Ciencia Política, Docente-investigador de la Universidad Complutense de Madrid.  
jorge.resina@gmail.com

## Introducción

El pasado 15 de mayo miles de jóvenes españoles tomaban la plaza de Sol de Madrid, en el corazón de la ciudad. Muchas otras plazas del país sufrían el mismo fenómeno, y eran pobladas por los ojos de la juventud. Las concentraciones dieron paso a las acampadas, comenzaron a formarse asambleas callejeras, y las movilizaciones se extendían por doquier. El acontecimiento tuvo un notable impacto a nivel internacional. Páginas de periódicos de todo el mundo recogían las imágenes de los “indignados”, ese sector de la juventud -hasta ese momento considerada apática- que había salido, una semana antes de las elecciones municipales y autonómicas, a la calle para protestar contra las causas y las consecuencias de la crisis económica y, por extensión, contra algunos de los reiterados vicios de la política institucional. La reforma de la ley electoral, la especulación financiera, el pago de las hipotecas, la corrupción urbanística o la falta de mecanismos de participación y de rendición de cuentas eran algunas de las demandas más reiteradas. Pero, además, el movimiento 15M volvía a poner negro sobre blanco y colocaba, de nuevo, en el centro del escenario a los jóvenes, como actor principal, y a su íntima relación con las nuevas tecnologías, como mecanismo fundamental de coordinación de sus acciones.

A partir de aquí, este artículo tiene como objetivo general plantear una reflexión sobre el uso político de Internet por parte de la juventud, así como analizar las implicaciones y los alcances de la ciberpolítica fuera del espacio digital. Para ello, como hipótesis central de partida se afirma que las acciones políticas online son una variable dependiente de la cultura política de un país y que, entre medias, el manejo de las nuevas tecnologías aparece como una variable interviniente en esta relación. De tal manera que cuanto mayor sea la participación y el activismo offline, probablemente, mayor será la utilización que se haga de la Red como recurso político. Si bien, esta conexión estará mediada por la destreza que se tenga del manejo de lo digital, a mayor conocimiento, mayor capacidad para emplear Internet como herramienta de coordinación. Esta afirmación contradice así otras visiones en las que se coloca a la Red como variable independiente. Si bien, no se niega la importancia de Internet como nuevo escenario de socialización y como elemento clave en la transformación de la acción colectiva contemporánea, de ahí que se considere el conocimiento técnico digital como una variable interviniente del nuevo activismo.

En ese sentido, los jóvenes, como expertos en el manejo de las nuevas tecnologías, tendrían un papel destacado en el uso de Internet como canal para coordinar acciones políticas e introducir nuevas demandas en el sistema político (Morán y Benedicto, 2008). En España, existe una estrecha relación entre la edad y la utilización de la Red. De tal manera que el 85% de los menores de 30 años usa Internet, un porcentaje que desciende de forma notable en el resto de grupos etarios. Así, en la franja que comprende a personas de entre 50 a 59 años, la cifra de usuarios se sitúa en la mitad y dentro de los mayores de 60 años, los internautas representarían tan sólo un 25% del total (Anduiza *et al.*, 2010: 12). Por ello, la relevancia de un estudio de ciberpolítica vinculado a los jóvenes.

En cuanto al activismo *offline*, como a continuación se expondrá, la juventud española también forma la capa de la estructura social más activa del país en lo referido a participación política no convencional. De esta forma, ese rasgo de la cultura política que coloca a los jóvenes como protagonistas de muchas de las movilizaciones, junto a la mencionada destreza de los usos cibernéticos, nos hace afirmar que el 15M no representa un fenómeno aislado en el mapa político español y que, por lo tanto, supondrá un eslabón más de continuidad en la inercia política del país. Las condiciones objetivas de la actual coyuntura de crisis habrían significado el punto de quiebre necesario para el éxito de la acampada de Sol. Y el uso de Internet, su imprescindible canal de comunicación.

### **1. Rasgos y caracterización de la juventud española en el contexto europeo**

La juventud suele considerarse como una unidad de análisis, de carácter homogéneo y patrones de conducta muy similares. Sin embargo, habría que advertir que no siempre es así, y que dentro de lo que se categoriza como jóvenes entran muchos y diversos modos de comportamiento, que encuentran aún una mayor variedad cuando éstos se circunscriben al ámbito de lo político. De ello, podría inferirse que la juventud, como tal, no es estrictamente un grupo social, puesto que, como afirma Díez, “bajo el arco de la edad se agrupan sujetos y situaciones cuyo único punto en común es la edad” (Díez, 2006: 175). Ello hace que cuando hablamos de jóvenes exista cierta simplificación, ya que estaríamos frente a un grupo de los mismos con unas características muy determinadas, en ocasiones no extensibles a todos. De ahí que empecemos por asumir esta limitación.

Los rasgos generales dibujan, en primer lugar, una crisis del modelo de militancia clásica. El partido, el sindicato y las organizaciones de barrio perderían fuerza como espacio de socialización política y como instituciones de activismo político. Las juventudes políticas de los partidos tendrían una menor importancia y serían menos los jóvenes que participarían en este tipo de actividades. Esta tendencia se encontraría fuertemente vinculada a la creciente desafección por la política convencional de la juventud española: tan sólo uno de cada cuatro personas jóvenes tendría cierto interés en la política; al 40% le interesaría poco y al 36% restante no le interesaría en absoluto (INJUVE, 2009). Si bien, esta disminución en la implicación de la vida política más formalizada se vería compensada, como apunta Benedicto, “por la expansión significativa de su presencia en otro tipo de actividades políticas no convencionales, más acordes con su forma de experimentar la vida colectiva” (Benedicto, 2008: 19).

De tal manera que no se trataría tanto de un rechazo hacia la política en general sino, más bien, hacia la política institucionalizada y hacia las prácticas más convencionales. No es casualidad, por tanto, que uno de los gritos más frecuentes en las manifestaciones del 15M fuera el ya famoso “que no, que no nos representan”, referido a la clase política. Detrás de ello se asentaría un importante nivel de escepticismo hacia las formas más clásicas y, posiblemente, cierta sensación de frustración e, incluso, de impotencia sobre los pocos espacios de participación que, a ojos de los jóvenes, permitirían las instituciones políticas españolas.

De hecho, esta desafección podría explicar bien el alto nivel de participación de la juventud en acciones relacionadas con actividades de política no convencional. No se trata de algo exclusivo de España, que estaría en línea con las tendencias europeas, pero, si bien, su grado de activismo sería destacable. Según datos de la Encuesta Social Europea (2002-2003), los jóvenes españoles se caracterizarían por encontrarse entre quienes más se manifiestan, tan sólo por detrás de los luxemburgueses. Durante años, por las calles españolas, decenas han sido las demandas expresadas por los jóvenes: la insumisión contra la obligación de hacer el servicio militar; en favor de destinar el 0,7% del total del Producto Interior Bruto (PIB) a la Ayuda Oficial al Desarrollo; la construcción de ciudades aptas para circular en bicicleta; en contra de las distintas reformas educativas y de la aplicación del Tratado de Bolonia en el espacio universitario español; en rechazo a las guerras de Irak, Libia o a la entrada española en la OTAN; a favor de la protección de los animales; en contra de la Ley Sinde anti-descargas en Internet o en defensa de una vivienda digna, entre otras.

Una variedad que pondría de manifiesto lo señalado por Norris (2003) sobre la mayor participación de los jóvenes en aquellas acciones orientadas a causas concretas y que, también, iría muy en el tono de lo destacado por Putman (2000) sobre el declive del capital social pero con el incremento de los vínculos más puntuales y esporádicos y con una creciente participación en otros espacios como las asociaciones benéficas o las ONGs. En todo caso, conviene señalar que sí podría establecerse una correlación positiva entre las actividades de la política convencional y la edad. Es decir, a medida que aumenta la edad, los antes jóvenes son ahora más propensos en participar en las actividades convencionales, al tiempo que desciende su nivel de participación en manifestaciones (Caínzos, 2006: 122).

Por todo ello, podría entenderse que el movimiento del 15M viene a dar continuidad a una tradición propia entre los jóvenes, forjada desde la etapa de la Transición, y que los coloca como unos actores con una presencia usual en las calles. Eso sí, con puntos de mayor y menor intensidad y con un activismo variable. El impacto de estas últimas movilizaciones estaría, como antes se apuntaba, muy vinculado a las condiciones objetivas que sufre el país. La tasa de desempleo juvenil registrada en España en febrero de 2011 alcanzaba el 43,5%, más del doble del promedio europeo (20,4%), según datos de Eurostat. Uno de cada dos jóvenes españoles estaría sin empleo. Ello, junto a la también elevada tasa de temporalidad en el empleo o a las dificultades de acceder a una vivienda (rasgo que, además, retrasa la propia edad de lo que significa ser jóvenes, al alargar el periodo de emancipación de la casa paterna y materna), habría constituido una situación de extrema debilidad dentro de un sistema que se percibe lejano a los intereses de la juventud y asfixiado por privilegios, prebendas y casos de corrupción. No es de extrañar, por ello, que el paro sea la principal preocupación de la juventud (58%), seguido de la dificultad para acceder a una vivienda (23%) (INJUVE, 2009).

Al respecto, es interesante destacar un fenómeno cambiante que se habría producido en estas últimas movilizaciones. Según analiza Caínzos (2006), de forma habitual, no son tanto los jóvenes como los estudiantes los que participarían en la mayoría de las acciones

disruptivas que ocurren en España. Ello se debería, principalmente, a tres factores. El primero, asociado con la mayor tenencia de tiempo libre. El segundo, vinculado al contexto de igualdad y de relaciones paritarias que se establecen entre los estudiantes. Y el tercero, en conexión con el carácter expresivo de muchas de las actividades de aquéllos, como elemento casi consustancial al mundo estudiantil.

Si bien, estos tres rasgos habrían desbordado ya a lo que se delimita como espacio de los estudiantes. La transformación del primer factor se encontraría vinculada con las características estructurales señaladas. Debido a la alta tasa de paro juvenil, ahora son más los que tienen tiempo libre. De hecho, buena parte de los “indignados” eran parados cansados de buscar oportunidades en distintos sectores. Por su parte, el segundo y el tercero de los rasgos apuntados por Caínzos se habrían extendido a todos los jóvenes gracias a la introducción de herramientas digitales y a la generalización de Internet entre la juventud, independientemente de su formación o nivel de estudios. La Red permitiría el establecimiento de unas relaciones más igualitarias y facilitaría el trato entre pares, al tiempo que fomentaría todo lo relacionado con las acciones de naturaleza expresiva. Programas como *Facebook*, *Twitter* o *Messenger* son buena prueba de ello. Los jóvenes establecen una serie (a veces, casi ilimitada) de relaciones con otras personas, erosionando jerarquías, y mezclan -como luego se explicará- esferas de lo privado y de lo público. En los mismos espacios en los que cuelgan fotos de sus últimos viajes o salidas nocturnas, hablan de política, convocan manifestaciones y hacen llamamientos a sus otros “amigos”.

## **2. La Red: uso, oportunidades y límites**

En línea con lo que afirma Anduiza (2010), el uso de Internet no supone, en esencia, una transformación de la participación política offline, aunque sí que estaría dándose un importante cambio cuantitativo, al introducir novedades en el ámbito de la comunicación, que permitirían un intercambio comunicativo “de muchos a muchos”. Hasta tal punto que, incluso, se podría poner en cuestión el principio de acción colectiva planteado por Olson (1965), por el cual tendrían mayor futuro aquellas acciones que contaran con un número limitado de componentes (Blimber *et alt.*, 2005). Internet y las redes digitales posibilitarían una coordinación entre multitudes (Sampedro, 2005).

Estos cambios estarían, además, cuestionando los principios básicos que han sostenido a la tradicional Opinión Pública (agregada), entendida como aquella institución constituida por los resultados de las elecciones y de los sondeos y por lo publicado en los medios de comunicación convencionales (Sampedro, 2000). La irrupción internauta supondría así la introducción de un nuevo paradigma, el de la sociedad red, donde se favorecería la emergencia de una Opinión Pública discursiva, producto de los indicios de democracia deliberativa ocurridos en el espacio digital (Sampedro y Resina, 2010).

De este modo, la esfera pública se ensancharía o, al menos, su núcleo central tendería a, cada vez más, ser receptivo a lo deliberado en las distintas esferas periféricas digitales. El caso del 15M habría demostrado esto en tanto que el espacio privilegiado de la esfera pública central (ubicado en los medios de comunicación convencionales) incluyó los

debates y las acciones que, previamente, se habían dado a través de las distintas redes sociales de Internet. Hasta el nivel de que la campaña electoral de los políticos fue desbancada por las acciones disruptivas y los discursos -la contracampaña- de los movilizados en Sol.

En este contexto, el papel de los jóvenes adquiere una relevancia de primer orden. Su desafección por la política convencional habría puesto de manifiesto las limitaciones de un tipo de democracia mediática, donde las campañas electorales elaboradas por expertos en comunicación política se tornan en protagonistas. Este escenario habría provocado el hartazgo entre la juventud que habría desconectado de las formas institucionalizadas, al percibir como inauténtica la retórica de los políticos profesionales. Este “entorno gestionado” sería sustituido por otro entorno, “autónomo”, construido y operado por los jóvenes (Bennet, 2008: 1,2), donde toman protagonismo las acciones políticas no convencionales.

Esta autonomía vendría caracterizada, en buena medida, por el funcionamiento de la “autocomunicación de las masas” descrita por Castells, para quien Internet favorecería las redes horizontales y, además, incrementaría “la autonomía de los sujetos comunicantes respecto a las empresas de comunicación, en la medida en que los usuarios se convierten en emisores y receptores del mensaje” (Castells, 2009: 25). Como señala Montgomery (2008: 26), las redes digitales permiten a los ciudadanos cambiar su relación con la esfera pública, ya que dejan de ser un simple espectador pasivo para convertirse en un actor con capacidad creadora. Un rasgo que involucraría de forma especial a los jóvenes, ahora protagonistas, puesto que si tan cierta podría ser la afirmación sobre su desencanto y la desconexión con la política convencional, igual de cierta sería la capacidad que están demostrando en participar a través de Internet en los asuntos públicos, de manera “activa y vibrante” (Xenos y Foot, 2008: 54).

Si bien, habría que matizar que, aunque las potencialidades de Internet pueden ser muchas y diversas, el debate sobre los usos políticos de la Red está ahora más abierto que nunca. No existe todavía un quórum en la literatura sobre las verdaderas capacidades de lo digital. De forma general, podría distinguirse dos grandes tendencias: la de los “ciberoptimistas” o aquellos que consideran Internet como un espacio que favorece la democracia deliberativa y las nuevas formas organizativas (Simone, 2006), pluraliza la esfera pública (Dahlgren, 2005) e, incluso, permite la constitución de nuevas agendas informativas al margen del control elitista (Savigny, 2002), y la de los “ciberescépticos”, quienes enfatizan que la sobreabundancia de información llevaría a reproducir los mismos discursos que los medios de comunicación masivos y que, por otro lado, el proceso de fragmentación al que conduciría la Red imposibilitaría una verdadera democracia de tipo deliberativo (Mayer, 2001), hasta el extremo de hablarse de la aparición de “ciberguetos” (Galston, 2003).

Aquí nos posicionamos en un lugar optimista pero de forma contenida, ya que Internet estaría favoreciendo, sin duda, nuevas formas de coordinación, la generación de intensos debates en la Red y la posibilidad de un mayor acceso a la información, pero también

estaría mostrando sus limitaciones, al reproducir, finalmente, muchos de los mensajes de los *mass media* y al fragmentar los discursos. Circunstancias que llevarían a pensar, en última instancia, en una extensión al mundo digital del modelo de pluralismo polarizado que caracteriza al sistema de medios convencionales de España, distinguido por el alto nivel de partidismo que tienen los medios, tal y como lo han tipificado Hallin y Mancini (2004). Al respecto, son orientativos los datos recogidos por un estudio del INJUVE, donde se asegura que el 76% de los jóvenes estaría de acuerdo con la afirmación de que Internet sirve para “comunicarnos con personas que defienden ideas similares a las nuestras” (INJUVE, 2007: 14).

### **3. La ciberpolítica y los cambios en la acción colectiva**

Como hemos mantenido, la ciberpolítica es un producto de la cultura política de un país, mediada por la capacidad de manejo de las nuevas tecnologías. Lo digital no transforma *per se* la actividad política, al tratarse de una herramienta que, eso sí, sirve de instrumento para la movilización. Como advierten Sádaba y Gordo, “la tecnología es una elección racional que encarna y reproduce las bases de la vida política hoy en día” (Sádaba y Gordo, 2008: 11). En este último apartado, se pretende reflexionar sobre las implicaciones que tiene la Red en los jóvenes y sobre el impacto que se da en la acción colectiva.

Como se mencionaba al principio, los clásicos espacios de socialización política se habrían, de alguna forma, quebrado. Ni el partido, ni el sindicato, ni las organizaciones de base -incluidas las iglesias- tendrían ya la fuerza y la repercusión que otrora llegaron a adquirir. Esto se debe, en buena medida, al espíritu de los tiempos y al cambio de los patrones socio-culturales que han sufrido las sociedades en las últimas décadas, un proceso continuo de individuación del que no puede excluirse la influencia que las tecnologías han tenido en ello. Factores de muy diversa índole, como la preponderancia de la industria del ocio y del entretenimiento, el postfordismo, la fractura del mundo del trabajo -cada vez más especializado, telematizado y donde las relaciones sociales son menores-, la profesionalización excesiva de lo político y el consumismo exacerbado habrían provocado intensos cambios en la estructura y superestructura social. Los valores postmateriales (Inglehart, 1997), los estilos de vida (Giddens, 1993), y la emergencia de las sociedades del riesgo y de la flexibilidad (Beck, 1992, 1994) son muestras de ese profundo cambio estructural que ha colocado a Internet como uno de los principales espacios de socialización política contemporánea, con todas las limitaciones que eso puede entrañar.

Estas condiciones de fragmentación postmodernista han provocado un fuerte rechazo hacia todos los esfuerzos que implique lo colectivo, en tanto que algún tipo de renuncia individual. Ello, junto a la propaganda anti-comunista propagada durante décadas por Occidente con el fin de derribar a la Unión Soviética y su área de influencia, es suficiente como para entender la actual exaltación individualista. Dentro de este entorno social, podría afirmarse, por tanto, que la juventud socializada en dicho contexto encuentra en Internet el espacio idóneo para el ejercicio de su práctica política. Sin estructuras, sin responsabilidades, sin mayores compromisos, los jóvenes entenderían lo colectivo como

una suma de individualidades y su rechazo hacia lo organizativo y lo ideológico encajaría perfectamente con la acción emprendida en la Red (Díez, 2006, 187-188).

A partir de aquí, se derivan varios aspectos relevantes que pondrían de manifiesto algunas de las limitaciones de la Red. Como señala Díez (2006: 190) si, por un lado, puede afirmarse, de manera más o menos nítida, que las nuevas tecnologías han creado un nuevo tipo de sociabilidad, por el otro, no sería tan claro que sobre la base de aquéllas se generen identidades políticas. A esto se sumarían otras consecuencias como el “analfabetismo relacional” (Ramón-Cortés, citado en Bernete, 2010: 99) que podría provocar que la habilidad tecnológica desarrollada por los jóvenes en lo que consideran entornos seguros, como los digitales, fuera en detrimento de las habilidades sociales en el “cara a cara” y en el intercambio personal, donde crecerían las inseguridades. Otro efecto sería el de la “fan democracy” (Wu, citado en Padilla y Flores, 2011: 113), en el que la política se entendería como un fenómeno de fans, donde imperarían las modas y la pseudo-democracia de aplicaciones como “me gusta” o “seguidor de” en diversas redes como *Facebook*.

Sin duda, otro de los fenómenos más importantes provocados al calor de la Red es la nueva distinción entre los ámbitos de lo público y de lo privado, cuya frontera se convierte ahora en algo poroso, en un *continuum* que no establece una rígida separación entre ambos mundos, hasta tal punto que “lo público, en Internet, se parece mucho a una extensión de lo privado” (Bernete, 2010: 113), lo que reforzaría la idea de una individualización creciente del debate político. De tal forma que cuando un individuo comparte en alguna de las redes digitales sus intereses o acciones, estaría cruzando la frontera, y cuando dicha frontera fuese cruzada por dos o más personas (siempre en conjunción con un bien público), entonces estaríamos ante el germen de la acción colectiva (Bimber *et al.* 2005: 377).

Si bien, nos encontraríamos ante una acción colectiva novedosa. El impacto digital sí estaría transformando algunos aspectos de dicha acción tal cual se ha conocido en los estudios clásicos. Al antes mencionado cuestionamiento de las tesis de Olson sobre el número de actores implicados, podría señalarse, por un lado, y como apunta Bimber *et al.* (2005), que existen aspectos centrales que ahora perderían relevancia, como el peso de la organización o el fenómeno *free-rider* (traducido al español como “gorrón” o “aprovechado”). La flexibilidad de la Red, la mayor horizontalidad, el escaso coste de sumarse o borrarse de una causa y la ausencia de responsabilidad convertirían en irrelevantes estos aspectos tradicionalmente asociados a la acción colectiva.

Por otro lado, el proceso de individualización y el mayor peso que toma lo expresivo también estaría provocando una transformación en la propia esencia de la acción colectiva. Ahora mucho más sujeta a fenómenos contingentes, donde los actores, entendidos como individuos, se unen y se desunen en momentos concretos, de forma esporádica y variable, en ocasiones casi espontánea, para expresar sus distintas demandas, con un menor peso ideológico y en donde los puntos de confluencia variarían. De manera que el sujeto colectivo será la suma de individuos y no tendrá tanta



continuidad, puesto que lo que hace que un grupo se junte para una causa, puede que no ocurra con otra, y ese grupo se disuelva o cambie de composición. Como ya hemos explicado en otro sitio, se trataría, en definitiva, de una suerte de “egoísmo solidario” (Resina, 2010: 153). Al respecto, algunos de los clásicos estudiosos de los movimientos sociales ya han señalado cierto reparo hacia lo que consideran redes impresionantes en escala y rapidez de movilización pero con importantes limitaciones, debido a su carácter expresivo y a sus identidades políticas flexibles (Tilly, 2004; Tarrow, 2005).

#### **4. Conclusión**

A lo largo de este artículo hemos defendido la importancia de considerar la cultura política de un país como una variable independiente de la ciberpolítica. Sin, por ello, desconsiderar la relevancia del manejo de las nuevas tecnologías, de las novedades que introduce la Red y de las posibilidades que suscita. A pesar de no haber un consenso claro sobre su alcance y de las limitaciones aquí señaladas, la ciberpolítica aparece como una estrategia de largo recorrido y, por ahora, terreno predominante de los jóvenes, quienes mantienen una estrecha relación con lo digital.

Más en concreto, el fenómeno del 15M español nos parecía un buen caso de estudio para plantear esta relación entre los jóvenes, Internet y la política. Por un lado, es muestra de la continuidad de las movilizaciones sucedidas en el país en los últimos años. Por el otro, ha reflejado de forma muy explícita ese descontento y esa desconfianza hacia la política institucional que reflejaban los distintos estudios sobre juventud. Pero, sin duda, ha sido un ejemplo de la potencialidad de las nuevas tecnologías y de la amplísima capacidad de convocatoria, ya que, si por algo se ha distinguido el movimiento, a diferencia de otras manifestaciones, ha sido por el alto número de participantes. También se ha puesto de relieve las nuevas formas de organización, sin jerarquía, y con un carácter autogestionario.

Si bien, del propio encanto que suponen estas novedades, también nacen los límites y las interrogantes que suscita todo lo que rodea a la ciberpolítica. El excesivo peso de lo expresivo, de la necesidad de ser vistos, de lo público como extensión de lo privado, fomentado por Internet y por las prácticas en las redes digitales y muy propio de la juventud (entendido como fase aún de indefinición, camino hacia la madurez) hacen que se cuestione el alcance político real, en términos de colectividad, que estas movilizaciones pueden tener en términos estructurales. Rasgos de los que no ha escapado el 15M, donde también ha existido cierto carácter difuso en las demandas, mezcla de un extenso repertorio de reivindicaciones individuales que han encontrado enlaces por el camino, y que se han conseguido agrupar en forma de agregación de intereses que tenían por común la protesta o, en términos castizos, el cabreo. Cada cual, con su motivo para indignarse.

Ello ha tenido como consecuencia cierta desideologización y ha dado muestras de la incapacidad para negociar con los actores de la política institucional, de quienes dista un abismo. Una responsabilidad, sin duda compartida, pero de la que el 15M también dejó

algunos indicios preocupantes, como el hecho de no tener en cuenta otros actores sociales, durante años movilizadas, pero cuyo recurso a la tecnología digital es menor. Una brecha generacional que puede representar tan sólo eso o, tal vez, un cambio sustancial en el marco político actual, donde la clásica acción colectiva será transformada en base a un patrón de egoísmo solidario.

## Bibliografía

- ANDUIZA, E., CATIJOCH, M., COLOMBO, C., GALLEGO, A. y SALCEDO, J., 2010, "Internet y participación política en España" en *Opiniones y Actitudes*, nº 63, CIS.
- BECK, U. 1992, *Risk Society: Towards a new Modernity*, Londres: SAGE Publications.
- BECK U.; GIDDENS, A.; y LASH, S., 1994, *Reflexive Modernization*, Cambridge: Blackwell Publishers.
- BENEDICTO, J., 2008, "La juventud frente a la política: ¿desenganchada, escéptica, alternativa o las tres cosas a la vez?" en *Revista de Estudios de Juventud*, junio 08, nº 81, pp.13-29.
- BENNET, W. L., 2008, "Changing citizenship in the digital age" en W. Lance Bennett (ed.) *Civic life online: learning how digital media can engage youth*. Cambridge, MA, pp. 1-24
- BERNETE, F., 2010, "Usos de las TIC, relaciones sociales y cambios en la socialización de las y los jóvenes" en *Revista de Estudios de Juventud*, marzo 10, nº 88, pp. 97-114.
- BIMBER, B., FLANAGIN, A. J. y STOHL, C., 2005, "Reconceptualizing collective action in the contemporary media environment" en *Communications Theory*, noviembre 2005, pp. 365-388.
- CAÍNZOS, M. A., 2006, "Participación de los jóvenes españoles en manifestaciones. Comparación con los jóvenes europeos y análisis de sus determinantes" en *Revista de Estudios de Juventud*, diciembre 06, nº 75, pp.121-153.
- CASTELLS, M., 2009, *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- DAHLGREN, P., 2005, "The Internet, Public Spheres, and Political Communication: Dispersion and Deliberation" en *Political Communication*, núm 22, pp. 147-162.
- DÍEZ, Á., 2006, "De molinos que son gigantes: herramientas políticas o simples instrumentos tecnológicos en manos de gente joven" en *Revista de Estudios de Juventud*, diciembre 06, nº 75, pp. 171-190.
- GALSTON, W. A., 2003, "If political fragmentation is the problem, is the Internet the solution?" en D. M. Anderson & M. Cornfield (eds.): *The civic web: online politics and democratic values*. Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 35-44.
- GIDDENS, A., 1994, *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- HALLIN, D.C. y Mancini, P. 2004, *Comparing Media Systems: three models of media and politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- INGLEHART, R., 1997, *Modernization and postmodernization: cultural, economic, and political change in 43 societies*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- INSTITUTO DE LA JUVENTUD, INJUVE, 2007, *Sondeo de opinión y situación de la gente (2ª encuesta de 2007). Uso de TIC, ocio y tiempo libre*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

- INSTITUTO DE LA JUVENTUD-INJUVE, 2009, *Sondeo de opinión y situación de la gente joven*. Ministerio de Igualdad.
- MAYER, V., 2001, "From segmented to fragmented: Latino media in San Antonio, Texas" en *Journalism and Mass Communication Quarterly*, núm. 78, pp. 291-306.
- MONTGOMERY, K. C., 2008, "Youth and digital democracy: intersections of practice, polity and the marketplace" en W. Lance Bennett (ed.) *Civic life online: learning how digital media can engage youth*. Cambridge, MA, pp. 25-49.
- MORÁN, M. L. y Benedicto, J., 2008, "Los jóvenes como actores sociales y políticos en la sociedad global" en *Pensamiento Iberoamericano*, nº 3, pp. 139-164.
- NORRIS, P., 2003, *Democratic Phoenix. Reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- OLSON, M., 1965, *The logic of collective action*. Cambridge, MA.
- PADILLA, M. R. y Flores, D., 2011, "El estudio de las prácticas políticas de los jóvenes en Internet" en *Comunicación y Sociedad*, nº 15, pp. 101-122.
- PUTMAN, R., 2000, *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. New York: Simon & Schuster.
- RESINA DE LA FUENTE, J., 2010, "Ciberpolítica, redes sociales y nuevas movilizaciones en España: el impacto digital en los procesos de deliberación y participación ciudadana" en *Mediaciones Sociales*, II semestre 2010, pp. 143-164.
- SÁDABA, I. y Gordo, Á., 2008, "Introducción" en Igor Sádaba y Ángel Gordo (coords.), *Cultura Digital y Movimientos Sociales*. Madrid: La Catarata.
- SAMPEDRO, V., 2000, *Opinión Pública y Democracia. Medios, sondeos y urnas*. Madrid: Istmo.
- SAMPEDRO, V., 2005, *13M: Multitudes Online*. Madrid: La Catarata.
- SAMPEDRO BLANCO, V. y RESINA DE LA FUENTE, J., 2010, "Opinión pública y democracia deliberativa en la sociedad red", en *Revista Ayer*, nº 80, pp. 139-162
- SAVIGNY, H., 2002, "Public Opinion, political communication and the Internet" en *Politics*, vol. 22, pp.1-8.
- SIMONE, M., 2008, "Mediated Networks for Deliberative Democracy: Connecting Enclave and Shared Spheres" en *Conference Papers -- National Communication Association*; pp. 1-23.
- TARROW, S., 2005, *The new transnational activism*. Nueva York: Cambridge University.
- TILLY, Ch., 2004, *Social Movements, 1768-2004*. Boulder, Colo.: Paradigm Publishers.
- XENOS, M. y Foot, K. 2008, "Not your father's Internet: the generation gap in online politics" en W. Lance Bennett (ed.) *Civic life online: learning how digital media can engage youth*. Cambridge, MA, pp. 51-70.